

El imperativo militante

Luis Ferreiro

Director de *Acontecimiento*

1. Militancia: una palabra sin fortuna

Las palabras que más nos importan interesan poco a la red de redes, los diccionarios las ignoran o dan de ellas decepcionantes acepciones y definiciones desechables. Los diversos buscadores de Internet que, para otras palabras, devuelven un chorro de información, encuentran pocos enlaces. La práctica inexistencia de tratados de militancia hace poca justicia al vocablo y a los que a lo largo de la historia se han denominado militantes. Tal vez sea que es un concepto cuyo contenido se explica mejor con la vida que con el léxico.

De todos modos, estando mal definida y llevando camino de ser desconocida, se constata que es una palabra con mala fama, algo así como militar y cuartelera. Aunque su etimología la acuse, al ser derivada de «militans, militantis», y ésta de «miles», es decir, soldado, nada más falso. El diccionario Espasa, sin ir más lejos, recoge una opinión castrense, la del *Diccionario Militar* del general e historiador militar José Almirante y Torroella: «*militante, participio del verbo militar, es la palabra menos militar, la que en la milicia no tiene ninguna aplicación. Hay iglesias militantes, partidos militantes, pero todo eso es civil, y en lo militar nada es militante*».

2. La militancia: una forma de vida ética

El objeto material de la ética no lo constituyen los actos aislados, sino formando parte de la totalidad de la vida y conformando el carácter, êthos o personalidad moral. Así, en la antigüedad las diversas escuelas de filosofía dieron lugar al ideal del sabio,

como forma de vida ideal, o lo que es lo mismo como modelos a seguir. Este ideal de vida dio lugar a formas tan diversas como el sabio cínico, el epicúreo o el estoico. En la edad media predominó el ideal del santo, el cristianismo propuso dos modelos básicos: la vida monástica dedicada a la contemplación y la vida activa.

Más tarde, la modernidad tomó conciencia del cambio social, sobre todo a partir de la industrialización y la caída del Antiguo Régimen. No sólo intentó comprenderlo, también tuvo la pretensión de dominarlo. El marxismo propuso una militancia para reconciliar al hombre con la naturaleza y a los hombres entre sí por medio de la superación de la alienación mediante un proceso histórico de liberación con varias fases. Igualmente, los militantes del anarquismo pretendieron la superación de la alienación por medio de la supresión del Estado. La praxis de ambos apuntaba a un hombre nuevo que habría de ser creado por él mismo a medida que trabajaba en la transformación del mundo.

La Iglesia también adoptó y recomendó formas de vida militante acordándose de que San Pablo exhortaba a los cristianos a ser milicia de Cristo y a tomar las armas de la salvación (Ef. 6, 10-20). El mismo Jesús de Nazaret es el modelo por excelencia de militante por el Reino de Dios.

En nuestra época parece haberse agotado el modelo, la mentalidad posmoderna es antimilitante desde el momento en que postula actitudes como las que nos describen los significativos títulos de algunos libros como *ética indolora*, *el crepúsculo del deber*, *el imperio de lo efímero*, *el fin de la historia*, etc. Pero no doblen las campanas tan pronto por el militante.

3. El contenido ético de la militancia: la utopía

Pero la forma de vida militante puede ser simplemente un modelo de conducta admirable abstraendo de los fines a los que sirve, sin embargo, un militante fascista, integrista, terrorista puede alcanzar un alto grado de perfección en el servicio a su ideal, pero habrá puesto su inteligencia, la fuerza de su carácter, el conjunto de sus virtudes al servicio de un fin que entiende, equivocadamente, como un bien aunque le exija medios violentos, pero que, objetivamente, es un mal.

Hay utopías que no merecen militancias porque son un mal objetivo, porque utilizan medios perversos o porque responden a motivaciones egoístas. Y, sin embargo, con demasiada frecuencia comprobamos que los hijos del odio son más arriesgados y tenaces que los hijos del amor. El odio, llegó a decir el Che Guevara, es el motor más eficaz de la liberación.

Hay que preguntar, entonces, por los fines de la militancia, antes de declarar su sentido ético. Se impone, por tanto, el uso de la razón aplicado al discernimiento de los fines, a la utopía, a los males que se combaten y a los bienes que se persiguen. Asimismo, hay que distinguir la militancia como actividad de negación y destrucción, o como actividad de creación y construcción.

4. Hay un tiempo para la guerra y un tiempo para la paz

Adán no era militante, porque no se podía ser militante en el paraíso. Si nuestro mundo fuera perfecto no habría necesidad de militancia, el hombre perfecto viviría en armonía con otros hombres perfectos y en perfecta armonía con una naturaleza también perfecta. No tendríamos otra misión que gozar de ese mundo feliz.

Pero la felicidad no pertenece a este mundo, aunque participemos ya de ella, todavía no la poseemos en plenitud, es una meta escatológica. Aún así hay gente, y cada vez más, que se comporta como si ya estuviera a resguardo de cualquier maldición, que empieza a cantar músicas celestiales antes de que Dios levante la batuta.

Entre tanto, vivir como si viviéramos en el paraíso o en el cielo, sólo puede ser considerado como un vivir alienado. Es la falsa felicidad del

burgués en su jardín, cada día más extendida, mientras fuera de ese reducto inexpugnable se extiende el dolor de una humanidad desposeída. En cambio, nosotros «*reconocemos a los nuestros en los que no sucumben a la tentación de la dicha*» (Mounier, OO.CC. I. p. 632).

Entre un origen del que no tenemos memoria y un final para el cual no existe ciencia, se desarrolla la historia de la humanidad en la que estamos situados y en la que nace nuestra conciencia: según sea su exigencia así será nuestra militancia. Entre el alfa y el omega de los tiempos la Iglesia siempre se ha considerado militante, le corresponde el trabajo, el sufrimiento, la persecución, la cruz, hasta alcanzar el premio, como dejó escrito S. Pablo, entonces será Iglesia triunfante en el descanso y la resurrección.

Así pues, la militancia supone dos referencias: el tú esencial y el yo fundamental, el acontecimiento que nos cuestiona y la conciencia que responde, es decir, la existencia de una historia en la que está comprometida nuestra biografía personal y un absoluto moral con el cual se confrontan nuestros actos. La responsabilidad ética no se pone límites ni en profundidad ni en extensión: «*Nuestra ambición espiritual no debe ser menor que nuestra ambición histórica*» (Mounier, OO.CC. I. p. 587).

5. La presencia del mal en el mundo y en nosotros

La situación de la persona en este mundo es comprometida desde el nacimiento hasta la muerte. La ingenuidad, la inocencia, la pasividad, la contemplación pura son actitudes imposibles, por eso quien no hace política hace la política del poder establecido.

Una atmósfera maligna e invisible envuelve al mundo, penetra en el corazón de los hombres, los aliena de su propio ser, los somete y los esclaviza. No vivimos como seres perfectos en el mejor de los mundos posibles. El mal es una experiencia multidimensional que una persona adulta y madura no puede desconocer. El mal está en nosotros, en la sociedad y hasta la naturaleza parece a veces corrompida por él.

En el campo de la economía, de la política, de la cultura, se extiende un desorden presidido por una subversión de la jerarquía de valores. Cual-

quier incursión en ellos se encontrará con la resistencia de esas realidades, que no son pasivas, están sostenida por intereses, tiene beneficiarios que se convertirán en enemigos. Si queremos cambiar algo habrá que presentarles batalla.

El mal no es sólo una abstracción, hay una legión de personas dañadas por él, que sufren por males materiales y espirituales. Es el acontecimiento del otro excluido, oprimido, maltratado, que llama a la puerta de mi existencia, de mis posibilidades, el que me convierte en responsable de su suerte (Luis A. Aranguren).

No sería difícil hacer una estadística de los males que hieren a la humanidad, sin embargo, las cifras del mal, no las sostiene el papel, sino la piel de muchos hombres, mujeres y niños sobre superficie del planeta. Tal vez este poema de Dámaso Alonso refleje mejor los sentimientos y actitudes que en cada uno de nosotros debería suscitarse ante tantos rostros sufrientes (Dámaso Alonso, 2.^a Palinodia: la sangre. En *Hombre y Dios*).

...quaerebam aestuans unde sit malum.

Confesiones VII, 7, 11

[«Yo preguntaba vehementemente de dónde viene el mal»
(S. Agustín)]

He viajado por la mitad del mundo,
Desde el avión miraba, insaciable, el mar, la tierra.
Sólo veía sangre derramada.

... ..

Yo gritaba aterrado,
Yo quería parar el frío pájaro de níquel gris sin alma,
Y me retorció impotente,
Colgado allá en la altura,
Entre compañeros de viaje que leían su *Life*
Y pilotos albinos que no me comprendían.

... ..

Señores, paren, paren: hay que bajar.
Hay que bajar, ahora mismo.
Porque hay sangre por todo el mundo,
Y yo necesito saber quien vierte la sangre,
Y por qué se vierte y en nombre de qué se vierte.
Dame, oh gran Dios, los ojos de tu justicia.
Porque en este mundo reina la injusticia.
Tú no creaste la injusticia. Alguien ha creado la injusticia.
Alguien es el injusto, y yo necesito verle la cara al injusto.
Porque hay mentira y quiero ver sus fuentes ocres.
Ojos míos, alerta, alerta:
Yo quiero ver qué brazos ahogan la justicia de Dios,
Qué bocas retuercen su verdad.

Sentirse interpelado por el dolor, escandalizado de que se pueda vivir ajeno a la sangre derra-

mada como los pilotos y los pasajeros con la revista *Life* (vida), en un olimpo elevado y veloz, por encima del bien y del mal, de la vida y la muerte, es el primer sentimiento de una persona de bien. Pero luego hay que bajar a las simas del sufrimiento, y después preguntar quién hace el mal, mirar de frente al malvado y exigirle que deponga su actitud.

6. Dimensión personal: ¿quién es militante?

Carlos Díaz define la militancia como «*donación de la propia existencia a favor de aquello en lo que uno cree*» (Vocabulario de Formación Social). Por tanto, dice, para que «*sea digna de consideración ha de reunir dos caracteres:*

- *que sea donación de la propia existencia,*
- *que sea a favor de la existencia ajena.»*

Esta definición se esfuerza en ser positiva y tiene el mérito de plantear la acción militante como acción a favor de alguien y no contra alguien, cosa que, sin embargo, me parece que es inevitable, como ya se ha visto. Por otro lado, creo que no tiene en cuenta suficientemente la dimensión social de la militancia. El yo militante es así, pero es indispensable que exista un nosotros militante para que sea verdadero.

En términos más descriptivos Javier Galdona explica que:

«La militancia... implicaba para el 'militante' una conciencia de sacrificio en función del bien de social...»

Este sacrificio (económico, familiar, profesional, etc.) estaba justificado por un ideal social (clase, pueblo, humanidad, etc.) que por su trascendencia le daba sentido a la autoinmolación.

De hecho, siempre la 'militancia' ha significado una dedicación de tiempo y energías que necesariamente eran restadas de otras áreas de la propia vida...

A esa 'entrega de sí', a ese 'espíritu de autoinmolación', si así se le puede llamar, correspondía una satisfacción íntima. La propia conciencia premiaba con la recompensa del 'deber cumplido', y justificaba con el cercano ideal los 'costos' pagados.»

Esta insistencia en el sacrificio, la encontramos con frecuencia en los escritos de ilustres mi-

litantes ateos, cosa que no deja de ser sorprendente y, hasta en los tiempos actuales menos propensos a este lenguaje, lo encontramos en materiales de formación sindical como es el caso de un cuaderno de la CGT donde su autor, B. Mas, nos dice que: «*La militancia es sacrificio y honestidad. Todo lo demás son mixtificaciones*». ¿Qué tendrá el sacrificio que nadie lo quiere pero que, pero que no se puede vivir sin él si se quiere hacer algo serio? Quizás las siguientes palabras de Saint-Exupery nos den la clave:

«... Un Ser no pertenece al reino del lenguaje, sino al de los actos. Nuestro Humanismo ha descuidado los actos, ha fracasado en su intento.»

«El acto esencial recibe aquí un nombre: sacrificio.»

«... El Humanismo descuidó el papel esencial del sacrificio; pretendió transportar al Hombre mediante palabras, no mediante actos.»

«El compartir no asegura la fraternidad, que únicamente en el sacrificio se suelda. Se suelda en el don común a algo más amplio que uno mismo» (Piloto de guerra).

O dicho de otro modo, lo propio del ser es la acción, pero lo que da valor a la acción es el amor, y éste se prueba porque da la vida.

El militante ideal posee unas **características** personales, para las cuales, por decirlo así, no necesita a los demás. Sin ánimo de exhaustividad destacamos las siguientes:

Un alto grado de conciencia de sí, de la realidad, de la utopía a la que sirve y de los obstáculos exteriores e interiores que se le oponen, es decir, sentido crítico y mala conciencia por su participación en el mal. Por lo cual será consciente de la necesidad de una profunda conversión, nunca acabada, que le vaya liberando de los automatismos conductuales, de los conformismos y de las cobardías, para orientar su acción integralmente a la consecución de un fin, de la utopía que vislumbra y espera y que se le desvela paulatinamente a medida que avanza hacia ella. Un lugar de especial relieve y privilegio ocupará la presencia del otro, especialmente del pobre, de la víctima, del excluido, por un proceso de descentramiento que le permitirá adoptar su punto de vista, comprenderle y juzgar las estructuras desde su piel.

Iniciativa y responsabilidad: es emprendedor, tanto o más que un empresario, asume el

coste que hay que pagar, toma sobre sus hombros la carga que hay que soportar, acepta el sacrificio inherente a su misión. Su finalidad es «*asumir el máximo de responsabilidad y transformar el máximo de realidad a la luz de las verdades que hayamos conocido*» (Mounier, O.C. I. p. 743).

Gratuidad y generosidad: donación de todo lo suyo y, sobre todo, donación de sí mismo. No hace cálculos egoístas de coste y beneficio. Hace una apuesta del tipo todo o nada en la que, si gana, ganan todos y el éxito será de todos, y si pierde, pierde él sólo, pero el testimonio habrá merecido la pena. Lo suyo son los libros de caballerías, no de contabilidad y sembrar sin esperar recoger, hacer camino al andar.

Fidelidad y perseverancia: «*el amor, la amistad sólo son perfectos en la continuidad*». No son actitudes repetitivas sino creativas en las que se empeña enteramente el yo. No se trata de una adhesión pasiva sino de un compromiso activo y permanentemente renovado. Es la prueba de la veracidad y de la madurez: «*Una persona sólo alcanza plena madurez en el momento en que ha elegido fidelidades que valen más que la vida*».

Combatividad y pasión por el ideal: pretende ganar espacio para encarnar la utopía, conquistar el corazón de los hombres y hacer retroceder a los enemigos, mediante la lucha contra corriente por liberar el bien que está aprisionado por las estructuras, aunque para ello tenga que sufrir persecución y martirio.

7. Dimensión comunitaria: la organización militante

«Yo rechazo la tentación, muy fuerte para algunos, de llamar “personalismo” a su incapacidad para soportar **una larga acción disciplinada**» (Mounier).

El Diccionario de Ciencias Sociales de la UNESCO, define al militante como:

«El que culmina un proceso progresivo compuesto por:

1. conocimiento de la realidad a transformar
2. asimilación de un plan estratégico
3. inmersión en la actividad transformadora, individual y colectiva.

Además, vive de cara al ideal con un alto grado de utopía, desvinculado de gratificaciones económicas».

Al hilo de esta definición, vamos a aproximarnos al nosotros militante. La militancia implica a la inteligencia tanto como al corazón, pero ya sabemos —lo decía Antonio Machado— que un corazón solitario no es un corazón. Del mismo modo un militante solitario no es un militante. Un militante que no contagia su ideal y que no consigue compañeros es un fracasado. Una organización de militantes debe tener sentido apostólico de manera que consiga atraer a su causa a compañeros potenciales. Por amor al ideal debe dejar herederos que sirvan a la causa.

Compañero es quien come el mismo pan. Aunque, como don Quijote, se puede dejar de «comer pan a manteles» —incluso se debe, en algunas circunstancias—, nunca se debe prescindir de compañeros, es más, hay acciones que no se deben emprender sin ellos. «*Se puede improvisar un adepto, un afiliado a un partido, pero un 'compañero', un hombre de los nuestros, supone una larga preparación de años y años. No creemos en las conversiones repentinas, como no creemos en los sabios improvisados.*» (Abad de Santillán, En torno a nuestros objetivos libertarios, 1945).

El militante, como toda persona, tiene una dimensión comunitaria que le es esencial y que debe cultivar tanto como la individual. Esta faceta se desarrolla en el interior de una organización militante. Se requiere un proceso progresivo desde la conciencia a la creación del grupo solidario o a la asimilación de las convicciones que lo identifican.

Hay que distinguir en los grupos entre dos polos: **comunidades**, que son un fin en sí, y **organizaciones**, que están al servicio de un fin. Pero en ambos casos se tendrá que dar un sacrificio de una parte de lo individual al grupo, que trae consigo difíciles conflictos tales como los que se dan entre persona y organización, o entre libertad y disciplina, vocación personal e identidad del grupo, etc. Hay casos en los que el grupo aplasta la libertad, la vocación, a la persona misma. Esto nunca está justificado, pero tampoco lo contrario que, dado el narcisismo que nos invade a todos, es hoy un peligro más real, resultando grupos caóticos, sin eficacia en la acción por su propia incapacidad de establecer líneas de acción compartidas y coordinadas y disciplinas con alto grado de exigencia. Habría que aprender de las organizaciones militantes del movimiento obrero, que conocieron el valor de la disciplina y, aun, de la obediencia, hasta parecerse a ordenes mendicantes secularizadas.

Desgranando la definición enunciada más arriba nos encontramos con que:

1. El **conocimiento de la realidad** debe ser triple, puesto que debe dirigirse a la persona que milita, a la organización que lucha y a la realidad social, tanto el entorno próximo como el global, especialmente en lo que se refiere al campo de actuación propio. Interesa especialmente conocer las posibilidades que ofrece la realidad para la acción transformadora: los medios que emplea, las fuerzas y debilidades del enemigo, los mitos y estratagemas que utiliza, los éxitos que consigue sistemáticamente. En el campo de la cultura la correlación de fuerzas es demoledora, el hombre actual tiene su conciencia manipulada, seducida, comprada, pero es posible que exista algún resquicio, de manera que nuestros medios se puedan emplear con mayor eficacia.

2. El **plan estratégico** supone el diseño de unos objetivos concretos, acordes con el ideal, a largo, medio y corto plazo, que sean compatibles con la capacidad de la organización. Ésta tiene que ver con los medios y, sobre todo, con los recursos humanos disponibles, de los que interesan dos aspectos: a) su calidad, es decir, lealtad —que supone la humildad—, convicción, disponibilidad, espíritu de sacrificio, moral de combate o entusiasmo, poder de persuasión de su testimonio, ejemplaridad... b) la cantidad, es decir, el número, su distribución geográfica o sectorial, la posibilidad de concentración de fuerzas, su grado de coordinación y cohesión, etc. De la confrontación entre las posibilidades que la realidad ofrece y de estas capacidades se deducirán las acciones posibles.

3. **Actividad transformadora** individual y colectiva. Aquí conviene tener presente que «*Actuar no es lo mismo que agitarse. Es, a la vez, hacerme a través de mis actos y moldear la realidad de la historia*» (Mounier, O.C. I. p. 743). Igualmente, hay que preguntarse, con Mounier, «*¿Qué exigimos nosotros a nuestra acción? Que modifique la realidad exterior, que nos forme, que nos acerque a los hombres, o que enriquezca nuestro universo de valores.*» Mounier distingue cuatro tipos de acción: el hacer (poiein), que persigue la eficacia, el obrar (prattein), que tiene como fin la autenticidad, la actividad contemplativa (theorein), cuyo fin es la perfección y la universalidad, y la dimensión colectiva de la acción («*Comunidad de trabajo, comunidad de destino o*

comunidad espiritual son indispensables para su humanización integral... No es con los clamores de los solitarios sin esperanza como se despertará una acción agitada de desesperación.»).

Por esta concepción enriquecida de la acción es por lo que Mounier da tanta importancia a una técnica de los medios espirituales (O.C. I. págs. 750-52), distinguiendo entre: 1) Individuales (meditación, retiro; ascesis del individuo); y, 2) Colectivos: a) difusión personal, testimonio; b) una táctica central que «*Consiste en colocar en todos los órganos vitales, hoy bajo la esclerosis de la civilización decadente, los gérmenes y el fermento de una civilización nueva*», estos gérmenes «*serán unas comunidades orgánicas formadas en torno a una institución personalista embrionaria*». Actuarán, además, contando con las fuerzas vivas no contaminadas por la decadencia; y c) no violencia, como práctica permanente.

Entre las características individuales y comunitaria de la militancia, que no vamos a desarrollar aquí, es preciso un equilibrio —siempre difícil, puesto que son, con frecuencia, virtudes contrapuestas—, que da como resultado personalidades indispensables para las grandes crisis de la humanidad, como observaba Mounier:

«Si la seriedad consiste en la voluntad de exponerse a un compromiso total, sin engaño y sin avaricia, nada es más serio ni más ordenado que esta forma de rebeldía o de indocilidad. Una educación completa debe formar, al mismo tiempo y en la misma operación, hombres de fe y hombres de lucidez, hombres de fidelidad y hombres de independencia, hombres leales y hombres en pie. Entre las innumerables variantes de sentido de la palabra 'carácter', existe una que designa el coraje de aquel que llevando en sí una verdad madurada por el esfuerzo total de su vida, se halla listo para defenderla, solo contra todos si es preciso: nunca abundaron estos héroes del carácter, porque las convicciones son livianas y desfallecientes los corazones; pero su estirpe es la de aquellos diez justos que, en los peores momentos de abandono, bastan para salvar una comunidad» (Mounier, O.C. II, 458).

8. Exigencias, obstáculos y tareas

En una sociedad donde el individualismo es soberano, lo estético, y aun lo étnico, aventaja a lo ético. Los valores que reinan son los más plebe-

yos y destronarlos exige una revolución que comienza por nosotros mismos, es decir, por una ascética que roture los tiempos y los espacios personales y sociales para que den fruto abundante, que reoriente el empleo de las energías en las actividades a las que nos dedicamos, que rectifique la dirección, velocidad y sentido de nuestros movimientos hacia los otros, de manera que nos aproximemos más a lo más alejados, a los pobres, a los que sufren; que reequilibre nuestras preocupaciones, que aplique la fuerza en la ruptura con ciertos ámbitos, costumbres, dedicaciones, etc. y refuerze los que significan donación a favor de otros. En definitiva, ser mejor militante es cuestión de tiempos, espacios, velocidades, fuerzas de enlace y de ruptura, energías y sinergias, es decir, **es cuestión de física, más que de metafísica.**

Es preciso revisar nuestro **querer**: donde predominan la abulia, la diversión, la frivolidad, la falta de compromiso o la inconstancia e intermitencia en el mismo, es difícil no contagiarse. Hay que practicar un querer a contracorriente, hacer lo que se debe y querer lo que se hace.

Es preciso revisar nuestro **saber**: también hay que saber lo que se debe, ni erudición ni analfabetismo, hay materias troncales que afectan a los pobres y hay que saberlas. Necesitamos un saber que capacite para transformar la realidad y salvar a los condenados de la tierra. Habrá que saber organizarse y aprender estrategia, y si, para ello, se tiene que ir a la academia militar se va.

Hay que revisar nuestro **poder**: estudiar lo que nos despotencia, ser impotente social es un pecado, ser poderoso es una obligación; en una sociedad fragmentada, dispersa, que sólo se une gregariamente en multitud para aplaudir a los ídolos, en una sociedad víctima de la entropía inducida por los poderes fácticos, la unión y la organización son un testimonio, además de una necesidad. La impotencia es disociación, el poder es asociación.

Hay que revisar nuestro **esperar**, que tiene que ser un esperar activo. Quien espere integrarse por arriba en esta sociedad, hacer carrera, ser considerado socialmente, lograr seguridad, vivir confortablemente, ése, no interesa. Quien espere riesgo, incomodidades, quien esté dispuesto a bajarse del carro, a ser despreciado por los de arriba, quien esté dispuesto a sufrir y a ser perseguido, ése, sí interesa.